El amor en la poesía de Piedad Bonnett

Por **Tallulah Florez**

Si hay algo realmente interesante para los poetas es descubrir que hay otros poetas que hablan un lenguaje distinto al suyo. Un modo diferente de decir, un estilo, una intencionalidad, alusiones y sentidos que no dependen de la lengua, sino de ese estado de perplejidad o de reconocimiento que encierra y libera permanentemente al poeta, permitiéndole que, desde el acto poético, construya toda una obra. Por supuesto, que también nos encantamos cuando descubrimos palabras y silencios comunes. Las metáforas que hubiéramos querido decir, y, como desagravio, tomamos prestadas, pero, ante todo, nos fascinamos ante ese malestar común que, en ocasiones, nos convoca a descifrarnos mutuamente.

Por esto, agradezco hoy a la Fundación La Cueva, y especialmente a Heriberto Fiorillo, el haberme dado la oportunidad de intentar develar ante ustedes el universo del amor en la poesía de Piedad Bonnett, una gran escritora de oficio, como pocos en nuestro país, quien me permitió alguna vez en La Habana conocer hermosos fragmentos de su vida personal que, más que anécdotas, fueron imágenes que yo entendí como imprescindibles en su proceso poético. "El poema es la metáfora de lo que sintió y pensó el poeta", expresó Octavio Paz. De allí que, si bien, no sea indispensable conocer la vida del escritor para vincularnos con su obra, se haga necesario tomar conciencia de que el poema se constituye en una especie de resurrección de su historia más íntima pero también colectiva.

Pero, cómo resignificar un poema si cualquier crítica literaria por importante que sea, tiende al academicismo, al desglose de los versos, al hallazgo e identificación del lenguaje figurado con la notoria intención de evaluarlo, valorarlo y traducirlo a un código ajeno al lenguaje poético mismo? Si los poemas no se explican, si tan sólo son lo que dicen, cómo presentarlos ante el público?

Me parece un tanto complicado, por no decir injusto. Por lo que intentaré limitarme, lo más prudentemente posible, a descifrar el mundo del amor en los poemas de Piedad Bonnett a través de algunos de sus textos. Un mundo al que ella le dio vida y, por lo tanto, ahora nos pertenece.

Así, en *Hoy*, poema del libro *Círculo y Ceniza*, podemos percibir una muy sutil fusión de una voz cargada de la más pura emoción conectada a una segunda persona, el amante, quienes viven, quizás por última vez, la irrealidad del amor antes de su final irreversible. No obstante, es este un poema que nos apela a todos mediante el dramatismo, invitándonos a contemplar y a contemplarnos en un mundo que no volveremos a ver. Aunque de tendencia sentimental, a mi juicio, el poema controla la melancolía para entregarnos una mirada que va más allá del sufrimiento circunstancial para tocar el dolor, con mayúscula, ante la inminente pérdida. "Qué citas en el tiempo transgredimos?"..."Hay que embriagarse en la embriaguez del vino"…."En el oscuro túnel del mañana/habrá una tarde igual que no veremos"… cuatro versos que superan el carácter de la mejor poesía impresionista para invitarnos a observar el mundo más allá de las experiencias sentidas.

Como en *Hoy*, los textos que conforman el primer libro de Piedad Bonnett, sugieren trascender la vivencia, leit motiv del poema, invitándonos a sentir la experiencia original poética. Y este es el gran valor que atribuyo a esta obra. A primera vista, el poema *Rendición*, por ejemplo, nos presenta a una mujer abatida ante la sola presencia del amante ante quien ella se inclina a la orilla del mar. Allí, los sonidos, las texturas y los colores tienen mucho más poder que las palabras. Cómo escapar a la imagen de la mujer bebiendo la ira del mar, del trueno y la tormenta? O enterrando su última súplica, el último dolor y la última lágrima en la arena? Todo el poema está cubierto de elementos tangibles que, tocados por la poesía, adquieren multiplicidad de sentidos: la huella que trata de borrar, el sol que quema su carne, el agujero que abre con sus manos, los cuchillos que entierra o que se entierra son más que la huella, el sol, la carne, el agujero, los cuchillos y la piel en la medida que nos permiten ser testigos de un episodio quasi mítico cuando logramos percibir la función o la fusión del mar con la tierra y el sol en un acto de amor de final convulso y trágico.

Igualmente dramáticas son las imágenes del poema que da el título a la obra *De Círculo y ceniza*, en el que presenciamos una lucha entre la realidad y el sueño (entre lo vivido y lo deseado) durante el movimiento o desplazamiento de una boca sin cuerpo que vuela hacia la amante pero que se deshace en un instante fúnebre. Un poema visual y transparente en el que el agua y la espuma son cómplices del amor en el mar hasta que la boca del amante adquiere la forma de una mariposa equivocada en cuanto boca que no le pertenece a la mujer, y que, por lo tanto, deviene en ceniza. Una imagen que nos invita a revisar sus referentes en los poemas *Amor constante más allá de la muerte* de Quevedo y *Sombras de los días a venir* de Alejandra Pizarnik, en los que, como en tantos otros textos de tantos otros poetas, los hablantes líricos, debido a su incapacidad para asumir cabalmente a Eros, se resignan y preparan para su última transformación o muerte, experimentando la pasión del fuego o de la luz solar para convertirse en polvo sagrado que renace eternamente.

En 1994, aparece el libro de *Nadie en casa*, y yo me atrevería a decir que la palabra poética de Piedad Bonnett en esta obra se resiste a una caída hacia su propio universo interior para dar paso a un lenguaje, aunque desesperanzado, menos desfalleciente y lírico que los anteriores en la sentencia final de cada uno de los textos. En ellos, la realidad poética no aspira a nada, no quiere encontrar una verdad, y hasta sugiere la imposibilidad de descubrirse, lo cual libera al poema de llegar a un absoluto por terrible que sea, dándole la posibilidad de decir lo indecible a través de recursos literarios que trasladan el sufrimiento a los elementos naturales. Es así, como el sentimiento de abandono, entendido como visión sombría del amor, es trasladado a la luna en los tres últimos versos del poema *Arieta* cuando dice: "Sin embargo al despertar/en la noche sorda y sola/oigo la luna llorar", versos impecables y de una gran belleza que juegan, además, con la ambigüedad poética. En el poema *Tiempo*, un colibrí trémulo en el aire representa el presente; y en el penúltimo verso del poema *Réquiem*, "la tarde se silencia y todos parten." En *Soledades*, el peso del poema recae sobre la luz de la mañana que es huérfana.

Un año después de haber publicado, *De nadie en casa*, aparece *El hilo de los días*, un riguroso trabajo en el que los objetos asumen el rol protagónico, siendo ellos los que sienten y definen la existencia del ser. Así, una inmensa puerta de nogal luce de verde como invitando a entrar. En la sala de postigos cerrados se extiende la penumbra con finos ademanes. Hay un orden misterioso en el jardín que huraño va creciendo. En el silencio de los corredores resuena el aldabón para luego callar. Se sobresalta el alba con el ronco bramido de las bestias que son sacrificadas. Y un espejo tiene la lucidez de los oráculos. Presenciamos, entonces, la metamorfosis de las cosas que toman vida para expresar los testimonios huidizos de los seres vivos: de los amados y de los desamados que no son más que todo aquello que persiste en la memoria de los objetos mismos. De allí, que el hablante lírico en estos poemas sea solo un fantasma que pareciera desterrado y proscrito, incapaz de ver y de sentir, inhabilitado para hacer presencia, destinado, fatalmente, a vivir al borde de la nada que es, de alguna manera, la muerte. Una figura que, ante su incapacidad de mostrarse, se recluye, hasta fundirse, en la luz o en las sombras que hacen visibles los objetos.

Ese animal triste, obra publicada en 1996, está enmarcada en el ritual. Todo es símbolo en los poemas *Pecado original, Bautizo, Rindiendo cuentas, Señales y Ese animal triste,* para nombrar solo algunos de los textos que constituyen el libro. Y son rito porque cada acción devenida en metáfora pareciera instalarse para siempre en el poema. Cada caricia es nueva pero, como la madrugada, eternamente se repite para hacer girar el mundo, de la misma manera que "un cotidiano desamparo busca ansioso su eternidad". También el ritual se manifiesta en signos que nos comunican prácticas en las que, por ejemplo, el mar de sal vela los ojos del joven que parte sin regreso, una cruz con sangre marca los muslos blancos de una joven envuelta en llanto, o se bebe el mezcal para regresar pura a la anodina sobriedad del día. Acciones cotidianas que parecieran se hubieran repetido desde hace mucho tiempo para quedar inscritas en la memoria del hablante ante su imperiosa necesidad de sentir su carne para luego destruir su forma física, sabiéndose intocable e impenetrable. Una particular forma de impregnarse de erotismo para regresar al estado total de abandono e indiferencia ante el lenguaje de los cuerpos, aspecto que no sólo se percibe en *Ese animal triste*, sino en cada una de las obras de Piedad Bonnett, por lo que se hace necesario referirnos al juego doble al que nos someten sus poemas al enfrentarnos, simultáneamente, a la aventura sensual del amor más cotidiano y a la desdicha del amor compartido. Es como si cada poema hiciera una antesala a lo que Baudrillard denominara sentimiento individual (refiriéndose al amor) versus hecho diabólico o ilusión, al explicar el acto de seducción en el que necesariamente se necesitan dos, pero también al concepto de amor cortés en cuanto, frente a la tragedia, somos testigos de la inaccesibilidad del objeto amado. Como quiera que sea, sus poemas hacen referencia al dilema de la pasión reprimida y a la negación de la felicidad, pero también al amor y a la muerte, asunto que Octavio Paz señalaría en términos de "amor absolutamente desdichado", en cuanto incluye dos seres temporales que saben que van a morir, o dos seres ingenuamente felices en ese instante de amor en el que logran ganarle la partida al tiempo.

Todos los amantes son guerreros, aparece en 1998, insistiendo en el asunto del amor, pero ya no como una imposibilidad rotunda, sino como desafío ante la inminencia del peligro, desafío que se manifiesta a modo de metábole en la presencia del amante, lejano o cercano en el tiempo, resaltando los atributos de su nombre: tu nombre es tantas cosas, pero es también dulzura tu nombre, entre tu nombre y tú sin embargo un

silencio, viene tu nombre hasta mi cuarto a oscuras. Todo para comprender que no podrán salvarse de la caída, de la "enfermiza tristeza", un hermoso epíteto del poema *De qué materia*, en el que el hablante lírico se pregunta por qué sangra por cada poro desde siempre, atribuyendo las decisiones y el devenir a la decisión de los astros.

Por último, me referiré a *Tretas del débil*, obra publicada en el 2004, en la que la poesía se inunda de silencio como una estratagema para sobrevivir al desencanto del amor. El hablante lírico, aun desesperanzado, vuelve a ser radiante y vencedor ante su propia desgracia, haciendo uso de sus armas y hazañas, sabiéndose en lo más oscuro de la muerte. Como en el mejor teatro griego, estaremos frente a la dignidad de la caída, cuando el hablante salta a la otra orilla, y adquiere la conciencia de la vida y la muerte como algo indisoluble. Se trata de la felicidad adquirida en lo más profundo de la miseria a la que todos estamos destinados y expuestos. Pero también, de la posibilidad de crear un mundo propio en el que podamos redefinir el tiempo. Si el hablante se consume en el fuego, será un acto conciente, del que no querrá escapar.

Algo hermoso termina es un crudo poema que, a mi juicio, recoge cada uno de los textos de los seis libros publicados por Piedad Bonnett, en cuanto nos prepara para la reaparición de un hablante lírico que ahora habla desde sí, dirigiendo la atención del amante o del lector también amante, sobre su espíritu y sobre su cuerpo mortal que, aunque continuará ineluctablemente propiciando el equívoco, comunicará una nueva poética, un nuevo encuentro erótico, un nuevo cuerpo deseado, una nueva forma de amar las presencias.